

DOSIER
REGIONAL

El nuevo Teatro Santander







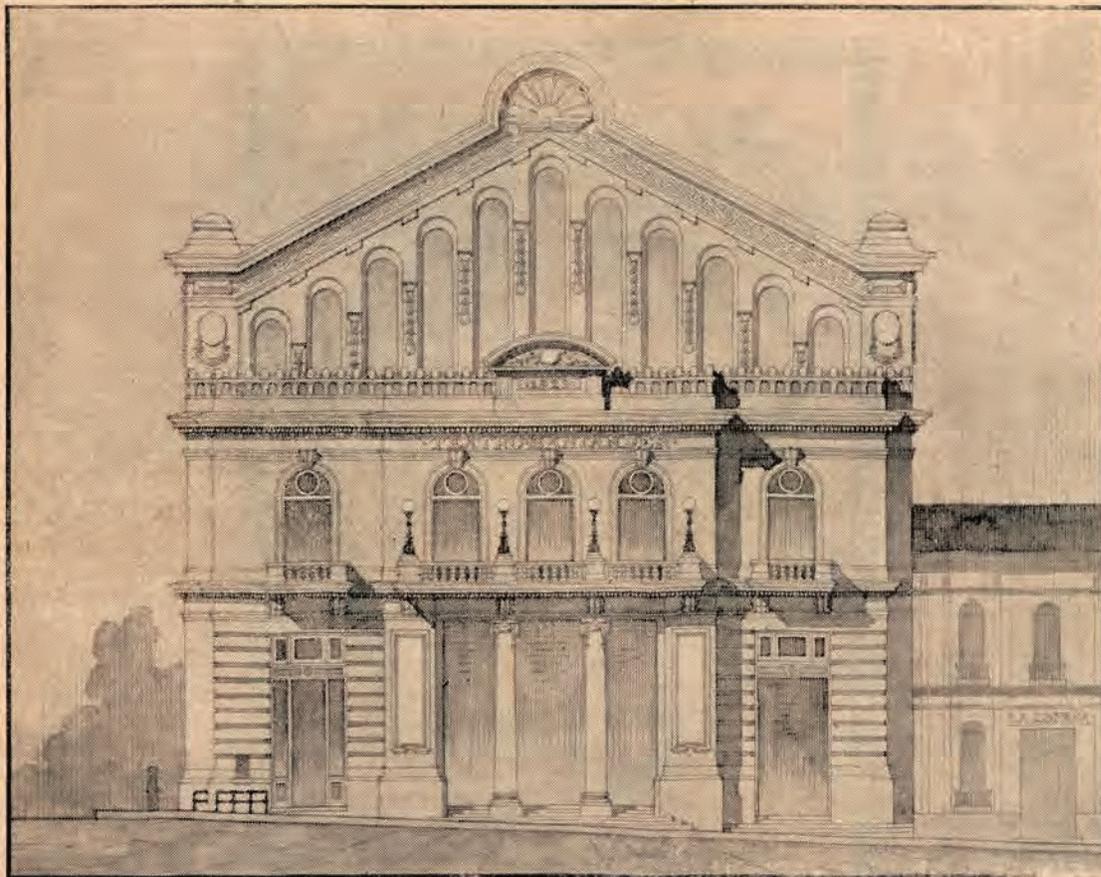
nte el notario segundo de Bucaramanga fue protocolizada, por escritura pública 1318 del 2 de diciembre de 1927, la constitución de una sociedad comercial anónima que se denominó *Teatro Santander*. Los socios fundadores fueron nueve: Julio Valdivieso G., de profesión médico cirujano; Isaías Cepeda, de profesión abogado; y los comerciantes Estanislao Olarte S., Ezequiel Alarcón, Apolinar Pineda B., Antonio J. Chedraui, Isaías Barco, Alfonso Silva Silva y Alberto Mantilla. El objeto declarado por esta sociedad fue el de la construcción de un teatro, que se explotaría en toda clase de espectáculos públicos, por medio de compañías de ópera, opereta, zarzuela, revistas, comedias, dramas, variedades y exhibición de películas cinematográficas. La duración prevista por esta sociedad fue de veinticinco años, contados desde esta fecha, pero se advirtió que podría prorrogarse o disolverse antes por una asamblea general de accionistas, en caso de que se perdiera el 40% del capital social. Los socios declararon que el capital social inicial de esta sociedad comercial sería de 100.000 pesos oro colombiano acuñado, representado en 100 acciones de 1.000 pesos cada una. La dirección suprema de los negocios sociales la tendría una asamblea general de accionistas, pero la administración diaria la llevaría una junta directiva, un gerente, un secretario y los empleados subalternos necesarios.

Las 100 acciones fueron suscritas y distribuidas por los socios fundadores del modo siguiente: 30 para Julio Valdivieso, 15 para Antonio J. Chedraui, 10 para Isaías Cepeda, 10 para Estanislao Olarte G., 10 para Apolinar Pineda, 5 para Ezequiel Alarcón, 5 para Alfonso Silva Silva, 3 para Isaías Barco y

2 para Alberto Mantilla. Las 10 acciones restantes serían vendidas por la junta directiva, dando preferencia a los fundadores para su adquisición. El primer gerente de la sociedad *Teatro Santander* fue el doctor Julio Valdivieso G.

Las 45 acciones de los señores Chedraui y Valdivieso fueron pagadas, en parte, con los lotes que cedieron para la edificación del teatro, localizados frente al costado sur del parque del Centenario. Este parque privado, originalmente llamado Santa Rosa, había sido desde 1892 sembrado con árboles y rodeado de jardines por su propietario, el acaudalado comerciante Reyes González. El 18 de julio de 1908 fue autorizado el secretario de hacienda departamental para tomarlo en compra, con fondos del Tesoro departamental de Santander, cuando ya lindaba con el colegio de San Pedro Claver que se había entregado en administración a la Compañía de Jesús, con el propósito de formar el nuevo parque público del Centenario de la Independencia. La transacción se realizó entre las partes, y fue así como el nuevo parque bumangués fue inaugurado el 20 de julio de 1910. La colonia de comerciantes libaneses donó el kiosco que se instaló en el centro de este parque público de la ciudad, que en mala hora fue trasladado a una finca recreativa del magisterio local.

El terreno donde se construiría el Teatro Santander estaba situado en la esquina suroriental del parque del Centenario, y se configuró por los lotes que entregaron dos socios, como ya se dijo, y una compra de otro. Don Antonio J. Chedraui había comprado el lote que aportó, de 22,70 metros de frente, en el barrio de Santa Rosa, al padre Simón Azpíroz, S. J., pagando 1.500 pesos en oro inglés, por escritura de compra-venta



TEATRO SANTANDER

Todo ojo, aun el menos comprensivo, se alza a mirar la obra del Teatro que se levanta airoosamente en el Parque del Centenario, donde se está erigiendo la estatua al ilustre repúblico doctor Aquileo Parra, orgullo de la Nación y especialmente de este Departamento, donde vio la luz.

Arquitecto del Teatro Santander ha sido un especialista francés, en cuya alma vibra la belleza ática, sello de distinción que perdura a través de los siglos: Monsieur Georger Carpentier.

La Compañía constructora de esta preciosa obra ha tenido la más feliz idea económica, de carácter netamente cívico: ha dividido sus acciones de \$ 1.000 oro en acciones de \$ 10 oro, con el objeto de incluir en ese inmejorable negocio a todas las clases sociales, a todo ciudadano, sea o no santandereano, que quiera vincular su nombre a esta mejora, haciendo a la vez una operación magnífica, un negocio que dará crecidos rendimientos y cuyas proyecciones no serán efímeras ni pecarán de incertidumbre, puesto que la Empresa reúne todas las condiciones aptas para descollar como una de las mejores de Santander.

Testigos que hablan de la inmejorable inversión en acciones de a \$ 10 del Teatro, son todos los teatros que dentro del País disfrutan de grandes utilidades. A la vez son ellos propulsores del Arte, de la Belleza, al par que del buen nombre de la ciudad y del País. Con buen Teatro y vías cómodas y fáciles—que adelantan a ojos vistas, pese a todo—tendremos diversiones estéticas proporcionadas por Compañías de prestigio, las cuales sólo acuden a las ciudades conscientes de su fuerza, de su aristocracia y en pleno desarrollo económico.

Es un acto primordial de civismo ser accionista del Teatro Santander, y será un negocio brillantísimo.

Para que usted sea mejor atendido, al dirigirse a los anunciadores sírvase mencionar nuestra Revista.

1.556 del 4 de noviembre de 1914. Por su parte, el doctor Julio Valdivieso había comprado un lote de 8 metros de frente por 50 metros de fondo, en el costado sur del parque del Centenario, a Ignacio Rangel, pagando 1.800 pesos según la escritura 1.647 del 21 de diciembre de 1915. Y diez años después le compró a Florentino Cadena un local de tienda, con su mostrador de vidriera y armario, de tapias y teja, situado en un lote de 16 metros de frente por 50 metros de fondo en la esquina suroeste del parque del Centenario, de tal modo que lindaba por el sur con el lote de don Antonio J. Chedraui, y por el occidente con el primer lote que había comprado a Ignacio Rangel. Este lote, clave para el proyecto del teatro, le costó 6.000 pesos oro, según la escritura 435 del 9 de mayo de 1925. Don Ezequiel Alarcón había comprado, por escritura 107 del 21 de enero de 1928, un lote y su casa construida en dos pisos de adobe, ladrillo, paredes pisadas y cubierta de tejas de barro, identificada con el número 422 de la Calle Tercera, frente al parque del Centenario, pagando 11.500 pesos moneda corriente. Por la escritura 236 del 15 de febrero siguiente la vendió a la Compañía del Teatro Santander en el mismo valor en que la había comprado.

El 20 de abril de 1933, el segundo gerente de la sociedad anónima Teatro Santander, Ernesto Sanmiguel, protocolizó en la Notaría Segunda dos declaraciones juramentadas dadas por Urbano González y Martín Parada (inspectores de personal, apuntadores de tiempo y pagadores en la construcción del Teatro) ante el juez municipal de Bucaramanga. Los dos declarantes aseguraron que la edificación del Teatro Santander se componía de tres pisos de mampostería, con techo de asbesto, la cual tenía 28,60 metros de frente por 48 metros de lado. Esta obra había sido pagada por el tesorero de la compañía anónima entre los primeros meses de 1928 y los últimos de 1931, y se había construido en terrenos adquiridos por ella misma y por la compra de la casa-lote hecha a Ezequiel Alar-

cón. Finalmente, el teatro fue inaugurado el 19 de febrero de 1932 con una función lírica y musical que dirigió el maestro Alberto Rueda.

Los estatutos de la Sociedad Anónima Teatro Santander fueron reformados varias veces entre 1928 y 1943, y en 19 de diciembre de 1940 fue registrada su existencia ante la Superintendencia de Sociedades Anónimas. La junta directiva se integraba entonces por el gerente, director de la Sociedad, y por cuatro miembros más. En ese momento esta junta se integraba por el doctor Julio Valdivieso (gerente general), sus dos suplentes (Estanislao Olarte y Ezequiel Alarcón), tres miembros principales (Alberto Mantilla, Apolinar Pineda y Antonio J. Chedraui) y sus suplentes (Isaías Barco, Alfonso Silva Silva y Ezequiel Alarcón). El revisor fiscal era Estanislao Olarte. Su patrimonio era el lote de terreno y el edificio del teatro.

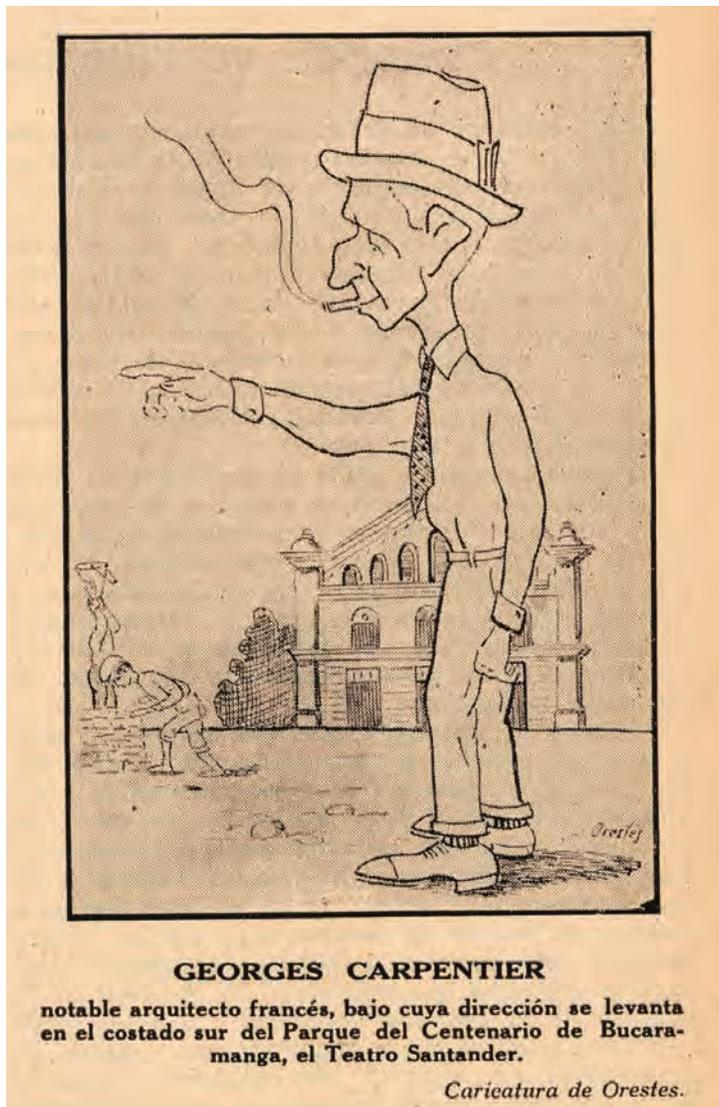
El 2 de septiembre de 1946, cuando fue liquidada esta sociedad ante la Notaría Segunda, pudieron verse los cambios que habían ocurrido en la composición accionaria. Además de los accionistas fundadores, habían adquirido nuevas acciones otras personas: la Beneficencia del municipio de Bucaramanga, el doctor Daniel Hernández, Estanislao Olarte S., José María Luengas, Ernesto Sanmiguel, Vicente Roberto Cadena M., Jorge Silva Valdivieso, Fernando Barco Guerrero, el doctor Roberto Cadena, Federico Bretón y Saúl Díaz, quien ya había emergido como el mayor empresario de salas de cine en la ciudad. El revisor fiscal era el señor Carlos Julio Ardila. Fue designado como liquidador de la sociedad el doctor Samuel Arango Reyes. Cinco días después, ante la misma Notaría Segunda, se protocolizó la venta del Teatro Santander, por 250.000 pesos, a la sociedad anónima Cine Colombia. El inmueble se consolidaría desde entonces como sala de cine, y cuando el negocio cambió, la empresa propietaria reformó su interior para dar paso a tres salas de cine más pequeñas.

EL ARQUITECTO DEL TEATRO SANTANDER

El plano definitivo y la dirección de su construcción se deben al arquitecto Georges Julien Carpentier. Nacido este el 28 de abril de 1884 en Marsella (Francia), contrajo matrimonio con la dama rusa Ekaterina Vladímirovna Blagoobrázova, más conocida en Cuba como Lina Valmont. Esta pareja trajo al mundo en Lausana (Suiza) a Alexis Carpentier, el 26 de diciembre de 1904. Hacia 1909 este grupo familiar se radicó en La Habana (Cuba) y en 1910 el niño, que en adelante se llamó Alejo, ingresó al Candler College de esta ciudad. Un año después tocaba al piano preludios de Chopin y obras de Debussy, con lo cual sus padres lo matricularon en el Colegio Mimó de La Habana. En 1913 viajó con sus padres a Rusia, Francia, Austria y Bélgica. Durante tres meses estudió en el Liceo Jeanson-de-Sailly. En 1915 estaba de vuelta en La Habana, estimulado por su padre para que leyera los grandes autores franceses: Balzac, Zola y Flaubert. En 1917 ingresó al Instituto de enseñanza secundaria de La Habana y escribió su primer texto en prosa sobre la importancia de los ciclones en la vida del Caribe.

En 1922 se produjo una ruptura de este grupo familiar: mientras Alejo permaneció con su madre en La Habana y comenzó a trabajar para ganarse la vida, Georges Julien Carpentier abandonó Cuba con rumbo a Panamá y en algún momento se estableció temporalmente en Bucaramanga. Jamás regresó a Cuba, donde su hijo se convirtió en una de las figuras centrales del “boom literario latinoamericano” con sus principales obras literarias: *El reino de este mundo* (1949), *El siglo de las luces* (1962), *Concierto barroco* (1974), *El recurso del método* (1974), *La consagración de la primavera* (1978) y *El arpa y la sombra* (1979).

Las actividades del arquitecto en Bucaramanga fueron seguidas de cerca por los periodistas del periódico *Vanguardia Liberal* durante el año 1929, si bien su re-



presentación en la caricatura de Orestes fue publicada en la entrega 114 (4 de mayo de 1929) de la revista *Tierra Nativa*. Un periodista de *Vanguardia Liberal* informó, al comenzar este año, que ya había terminado los planos para la construcción de un salón para el alojamiento de los gamines de la ciudad, encargados por una sociedad filantrópica que había gestionado en la Legislatura de 1928 un auxilio nacional de cinco mil pesos.

Pero fue su diseño del Teatro Santander lo que lo reveló “como un arquitecto completo, que posee éxitos profesionales con los secretos de la técnica, las disposiciones naturales y creadoras de un verdadero temperamento artístico”. Dijo el redactor, David

Caricatura del arquitecto francés Georges Carpentier, al fondo la fachada del Teatro Santander. Publicada en la revista *Tierra Nativa*, n.º 114, mayo de 1929. Caricatura realizada por Orestes.

Martínez Collazos, que Carpentier era también “un maestro que ha profundizado en todos los problemas arquitectónicos y ha adquirido a través de una ya larga experiencia una preparación metodizada para el éxito, un dominador de la expresión estética que perdura como un modelo de buen gusto a través de los tiempos”. Dado que era francés de origen, se le atribuyó un amor a la claridad, la sencillez y a “la pureza severa de las líneas y de las formas que saben armonizar con un sentido clásico de la belleza”, sin olvidar “la noción de lo útil y lo práctico” en una obra que quería “llenar el doble fin de una misión artística y social”.

En cuanto al estilo del diseño, Carpentier dijo al redactor que había querido conciliar su concepto de la arquitectura moderna, según los cánones de “las formas predominantes en Norte América”, con las tradiciones clásicas de la antigüedad greco-romana. Este “eclecticismo artístico” había reunido el estilo acostumbrado en Europa para la edificación de teatros con el estilo americano que estaba en boga en todos los teatros modernos, pensando en la comodidad de los espectadores al suprimir columnas y materiales que interrumpiesen la vista de los espectáculos. Si bien la fachada era del gusto parisién, los palcos y los tendidos tenían amplitud suficiente para un gran número de espectadores, proyectados a la manera americana, con enormes plataformas de cemento armado, “que por su ausencia visible de soportes parecían sostenidas en el aire”. En diciembre de 1929 ya había sido terminada la parte principal, “la más compleja y costosa del edificio”, quedando por resolver los detalles. Este edificio hacía presentir a la sociedad local “el advenimiento de una Bucaramanga moderna”, de una ciudad nueva que empezaba “a brotar por todas partes en la gracia alada de coquetos frontis y elegantes y lujosos chalets”.

Martínez Collazos informó también que en las vitrinas del Almacén Paillé

podían los paseantes ver el plano que había hecho el arquitecto para la ampliación del Pabellón de las Carnes de la Plaza de Mercado central, un encargo de su Junta Administradora. El “detestable paredón que hoy cubre nuestra venta de carne en esa plaza de mercado” sería reemplazado por una fachada estética que reunía la sencillez con la rigurosidad y la economía. Por ello no dudó el cronista en recomendar a este arquitecto para el diseño del nuevo palacio del Gobierno departamental que debía construirse en el costado sur del parque de García Rovira, si bien aconsejaba la adjudicación del diseño en un concurso entre los arquitectos que trabajaban en la ciudad. En todo caso, aconsejó a los ciudadanos brindar al arquitecto Carpentier “todo el apoyo para conservar hasta donde sea posible sus invaluable servicios artísticos”.

Vanguardia Liberal también informó, el último día de 1929, que la Alcaldía de la ciudad había adoptado el día anterior el diseño del pedestal donde sería dispuesta la estatua del expresidente Aquileo Parra, obra del artista antioqueño Francisco Antonio Cano, en el centro del parque del Centenario. Este plano, “severo y elegante”, había sido obsequiado por el arquitecto Carpentier, y su construcción correría bajo la dirección del artista alemán Lorenzo Schmidt, quien había importado para ello una “maquinaria modernísima”, con la cual trabajó el marmolista Miguel Vicente Rueda. Efectivamente, la inauguración del pedestal y la estatua la realizó el gobernador de Santander el día primero de mayo de 1930.

LA FUNDACIÓN TEATRO SANTANDER

Después de haber servido a los espectadores en sus tres salas de cine por casi cuatro décadas, el Teatro Santander se deslizó por el camino de su decadencia y cierre, conforme los nuevos formatos de las películas llegaron a los hogares en nuevos

equipos personales, un fenómeno que cerró muchas salas de cine en todo el país. La empresa propietaria, que lo cerró en el año 2001, tomó la decisión de donar el inmueble a la Universidad de los Andes en el año 2005, que sin encontrarle utilidad alguna lo puso a la venta. Fue entonces cuando un concejal de la ciudad, Francisco Centeno Osma, imaginó la posibilidad de restaurarlo para servir la necesidad de un nuevo teatro que demandaba la ciudad. El alcalde de la ciudad apoyó este proyecto con la resolución 88 del 24 de abril de 2007, que declaró al inmueble como bien de interés cultural de carácter municipal, y luego gestionó los 725 millones de pesos que costó adquirirlo a su último propietario durante el siguiente año.

Se constituyó entonces, el 15 de marzo del 2009, la Fundación Teatro Santander. Las siete instituciones que la constituyeron fueron la Alcaldía de Bucaramanga, la Cámara de Comercio de Bucaramanga, la firma constructora MARVAL S.A., la Universidad Autónoma de Bucaramanga, la firma Distribuidora RAYCO S.A., la Universidad Industrial de Santander y el Centro Cultural del Oriente Colombiano. Comenzó a ejercer la función de asesor del proyecto de recuperación del Teatro el arquitecto Antonio José Díaz Ardila.

El inmueble municipal pasó a manos de esta Fundación, cuyo capital inicial se fijó en 1.700 millones de pesos, recibidos en donación de las siete instituciones fundadoras. Esta Fundación se caracterizó como una entidad civil, de carácter cultural, sin fines de lucro, con patrimonio propio, con duración indefinida. Su objeto especial fue la restauración y la operación del nuevo Teatro Santander. Para su administración contaría con un consejo directivo y un director ejecutivo, quien actuaría como representante legal.

En la noche del viernes 26 de abril de 2019, después de casi nueve años de



obras y trabajos, fue finalmente inaugurado el nuevo Teatro Santander. El concierto de inauguración, ofrecido por la Orquesta Filarmónica de la UNAB que dirigió el maestro Eduardo Carrizosa, interpretó por primera vez la composición del maestro Jesús Pinzón Urrea titulada *Batalla por la Independencia*, el segundo concierto en fa menor para piano y orquesta de Frédéric Chopin, y la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Antonín Dvořák. El telón de boca del escenario es una obra de la maestra bumanguesa Beatriz González, del cual dará cuenta Natalia Gutiérrez en este dosier. *

El deber N°. 2904. Bucaramanga, 07 de agosto de 1933.